
presentación

IX

Atrás ya, incluso en las conciencias, el paso del siglo XX, el propósito del ciclo sobre novela contemporánea organizado por el Instituto de España, no era otro que el de esbozar una impresión general de lo que fue esa novela contemporánea, esto es, la novela propia del siglo XX. Los ponentes tenían en común su dominio del tema, así como una independencia de criterio que les apartaba de la inercia que tanto en la crítica académica como en la periodística tiende a primar con su atención lo que se considera genuinamente español, expresión de una España profunda, por suerte o por desgracia carente hoy de entidad real. Otro rasgo en común de los ponentes era la disparidad de sus circunstancias personales, el hecho de que algunos de ellos sólo se conocieran de nombre, lo que contribuía a otorgar objetividad al panorama que entre todos alcanzaron a fijar. Si yo mismo no me convertí en ponente a la vez que en presentador de los ponentes, fue sólo por no parecerme oportuno valorar, entrando en el detalle, una creación literaria de la que mis propias obras forman parte. Que forman parte simplemente por el momento de su publicación, no por coincidir en algo con cualquier otra, un hecho, por lo demás, que, como se subraya más adelante, dista mucho de suponer una peculiaridad personal. En el ámbito de la frase cabría a lo sumo establecer algún rasgo en común con Juan Benet, afinidad que no obstante se esfuma según se van definiendo los significados de esa frase en uno y otro caso, al constatarse que con frecuencia responden a intenciones contrapuestas, como bien demuestra Gonzalo Sobejano en su ensayo «Juan Benet y Luis Goytisolo: dos estilos de comparación».

Lo dicho acerca de los conferenciantes, de la diversidad de sus respectivos puntos de vista, concede especial relieve a la coincidencia de criterios alcanzada en determinados extremos. Así, por ejemplo, el que todos ellos ciñeran su exposición a la narrativa publicada en la segunda mitad del siglo XX. Y es que, verdaderamente, lo que se dio en llamar novela contemporánea o, de manera más precisa, novela del siglo XX, si en la mayoría de los países occidentales no hizo su aparición hasta finales de la guerra europea, o Gran Guerra o Primera Guerra Mundial, en España, con un retraso de treinta años similar al existente en otros terrenos, la mutación experimentada por el género no se produjo hasta mediados de siglo. Antes, mientras la poesía era ya moderna,

con todo y permanecer al margen de los vanguardismos presentes en el resto de Europa, la novela española, incluso en sus expresiones de mayor calidad —alguna obra de Unamuno, de Baroja, etc.— se mantuvo fiel al modelo decimonónico, equiparable a lo escrito por Galdós cincuenta años antes, rezagada incluso respecto a los planteamientos desarrollados por Clarín. Hay ciertamente obras atípicas, como la de Valle Inclán, pero de una naturaleza completamente ajena a lo que hay que entender por novela del siglo XX, es decir, la escrita por sus coetáneos Proust, Joyce, Kafka o Musil.

Asimismo, hubo un tácito acuerdo en subrayar el carácter heterogéneo de la novela de esa segunda mitad del siglo XX, irreductible como es la obra de cada uno de los novelistas más destacados respecto de la de cualquier otro, con lo que toda exposición o clasificación de carácter panorámico, al no ser posible hablar de movimientos o de escuelas, tiene algo de recitado de nombres, títulos y fechas. La narrativa española contemporánea suele ser de un acusado personalismo, y sus obras más representativas, en la medida en que fieles a los planteamientos formales y argumentales propios del autor, difíciles de confundir, lo que dista mucho de ser un defecto.

Finalmente, bien en el marco de las conferencias, bien en el curso del subsiguiente coloquio, se convino en destacar dos hitos en el desarrollo e la narrativa española de ese periodo. El primero de ellos se refiere a la aparición, alrededor de los años ochenta, de un tipo de novela que más que comercial —la intención de escribir una obra que capte el interés del mayor número posible de lectores ha existido siempre, con independencia de que el novelista lo haya o no conseguido— habría que llamar de consumo. Esto es: un tipo de novela que, de acuerdo con las diversas fórmulas del best-seller y en busca de un mayor éxito de ventas, renuncia a todo rasgo que pueda dificultar su aceptación por parte del gran público, que resulte ajeno a los gustos y tendencias más en boga, es decir, lo más opuesto a lo que cabe entender por creación literaria. En definitiva, un producto como tantos otros que ofrece el mercado —pollos de granja, lechugas de invernadero, bollería industrial—, algo que nada tiene que ver con las novelas de éxito que, buenas o malas, insisto, han existido siempre. Relacionado o no con todo ello, un segundo fenómeno ha empezado a esbozarse a lo largo de los noventa: la falta de renovación del género, la ausencia de obras de autores noveles que supongan algo más que una promesa. Entre los años cincuenta y setenta, abundaban los novelistas de poco más de veinte años; ¿cuántos hay ahora de menos de cuarenta? Un fenómeno, todo hay que decirlo, que dista

mucho de ser único ya que otro tanto sucede en los restantes países occidentales, donde la renovación, cuando la hay, se encuentra en manos de oriundos de los restos del imperio, como es el caso de Inglaterra.

Hará pronto quince años que en diversos textos y conferencias empecé a llamar la atención del lector o del oyente sobre un hecho que, a mi modo de ver, se empezaba a percibir con claridad: el declive de la novela como género literario. En aquello entonces mis palabras fueron acogidas con poca simpatía, por no decir con irritación, por parte de determinados autores, editores y libreros, en la creencia sin duda de que, o bien eran inexactas o bien, de no serlo, hablar del asunto podría resultar contraproducente. Se me argumentaba que nunca se había leído tanto —sin precisar qué era exactamente lo que se leía— o que eso mismo se había dicho ya años atrás, antes incluso de que se publicaran algunas de las obras cumbre del siglo XX. Ambas cosas son ciertas, pero hay que tener en cuenta que quienes en el mundo de entreguerras alertaron acerca del problemático futuro del género lo hacían no tanto con la vista puesta en ese género cuanto en la sociedad, en los cambios que creían advertir en su seno. No es que la novela se agote como se agota un filón, lo que explicaría que las formas empiecen a repetirse, sino que el que ese estancamiento se produzca no es más que un reflejo de lo que se está sucediendo en la sociedad. Los géneros se agotan así —la épica, los libros de caballerías, la lírica—, no por causas internas sino externas, que hacen de sus manifestaciones un acontecimiento anacrónico, ajeno a las formas de vida de los nuevos tiempos. Ni más ni menos que lo que sucede ahora con la novela debido a una conjunción de factores interrelacionados —los hábitos sociales, las innovaciones tecnológicas, los planes de estudio, las conveniencias del mercado— que convierten la literatura en general y la novela en particular en materia sobrante, innecesaria, cuando no en un obstáculo a la difusión de otros productos destinados a cubrir el empleo del tiempo libre del gran público.

Cabe presumir que lectores de novelas los habrá siempre, del mismo modo que hoy leemos obras de otras épocas, escritas en lenguas actualmente muertas. Ya ahora, el conocimiento insuficiente de la lengua y la falta de referentes culturales, hacen que para la mayoría de la gente joven la novela contemporánea resulte casi tan difícil de entender como las de los clásicos, obras escritas en otros tiempos y en otra lengua. Pero si presumiblemente nunca han de faltar lectores de novelas, más allá de las eventuales dificultades que pueda suponer la lectura, lo que sí se hará cada vez más raro es la figura del novelista, de la

persona que se decida a escribir una novela en el seno de una sociedad ajena a cuanto se refiere a la creación literaria.

Consideraciones reavivadas por todo lo dicho en el Curso de Narrativa Española Contemporánea celebrado en el Instituto de España, de las ideas surgidas a lo largo de aquel encuentro, del que este prólogo hace las veces de epílogo.

Luis Goytisolo